

tianismo, es hoy y será para siempre el código del Orbe, que ha doblado la cerviz al yugo suave de Jesús: *Dominus regnavit.*

“Aquellos días de baldón eterno en que los ayes de tiernas doncellas entregadas al inexorable verdugo sonaban cual música á los oídos de brutales perseguidores; en que había que ocultar los sagrados emblemas de nuestra Religión en lo más recóndito del domicilio, sin que aún esto sirviera siempre de salvaguardia; en que era preciso buscar un asilo seguro en las entrañas de la tierra: esos días amargos nunca más volverán. La Cruz de Cristo se ostenta sobre todas las coronas; las más poderosas naciones se glorían de estar sujetas al Dios que murió en el Calvario; y lo mismo en este circo, que en todos los ángulos del mundo, el Símbolo de nuestra Redención, enarbolado por donde quiera, proclama á voces que el reinado de Jesús se ha establecido, y nunca más se rendirá ni un momento al cetro inicuo de Satanás: *Dominus regnavit.*”

Volved ahora á la arena regada con la sangre de tantos mártires, y decidme: ¿podréis otra vez exclamar *Dominus regnavit?* Es tal el dolor y la tristeza que se apodera del corazón cristiano al ver aquel lugar otra vez profanado, otra vez convertido en templo de Satanás y teatro de infames saturnales; es tanta la amargura al ver la Cruz derribada y al Demonio triunfante en la Capital del mundo católico; es un espectáculo tan desgarrador el ver de nuevo enseñarse el error y predicarse la herejía al pié mismo de la Columna de la verdad, que si no estuviera seguro de vuestra fé, si no contara con vuestra fortaleza, si no supiera que vuestra constancia

iguala á la de los Magos, yo os repetiría con ahincó aquellos ecos que resonaban en los aires poco antes de la caída de Jerusalén: *Salgamos, salgamos sin tardanza de la Santa Ciudad; salgamos, que la Ciudad pacífica por excelencia ya no nos suministra asilo seguro.*

Pero no. Bien sé que no os forjáis las ilusiones de los antiguos judíos, ni creéis que la gloria terrena es inseparable del Mesías. Antes bien, no ignoráis que en el establo es donde hay que buscar á Aquél que por salvarnos revistió la forma de siervo, y que en el establo lo encontraréis, así en Belén como en Roma, así en la Cabeza del Orbe, como en todos los países de la tierra.

¡Oh triste verdad! A las pajas de humillante pesebre se arroja por todos lados al Rey del universo. ¿A qué recorrer, Señores, naciones extrañas? ¿A qué llamar tampoco la atención sobre lo que estamos actualmente presenciando, dentro los sagrados muros que nos albergan? Basta echar una rápida ojeada á los países en que hemos visto la luz, para convencernos de esta triste verdad, y llorar nuestra desventura y nuestras culpas.

No faltan, es cierto, en muchas partes ni el humo del incienso de los Magos, ni los dones de los Pastores, ni aun un resto del oro y de la mirra ofrecida en tiempos de más ardiente caridad. ¿Pero dónde, decidme, dónde está el trono que merece el Rey de los reyes, y que ya se le había erigido y conservado por muchos años? Remontáos á las regiones del poder. ¿Ocupa Jesucristo aquel lugar preferente y debido, que hizo que por él se combatiera durante ocho siglos, hasta plantar la Cruz divina sobre las torres de Granada? ¿Hay aquella fé que hacía al anciano Cardenal Cisneros vestir la coraza

sobre la púrpura, y marchar al frente de sus huestes á la conquista de Orán? ¡Ah! Hoy parece locura el dicho de aquel rey que prefería bajar del trono á reinar sobre enemigos de su Dios y de su culto. Hoy no queremos ni prestar crédito á la historia que nos representa á San Fernando llevando con sus propias manos la leña para castigar á los enemigos de la Iglesia y de la patria. Hoy se quisieran borrar de los anales de España, las doradas páginas que nos muestran á Felipe II, y á más de uno de sus magnánimos sucesores, cerrando á la herejía con mano de fuego los bien guardados Pirineos.

Sabéis que no exagero, Señores. Al ver que las sombras de la noche cubren obstinadamente á aquella en cuyos dominios por varios siglos jamás se puso el sol, se pretende hallar el remedio de los males que la aquejan en la introducción de la herejía, y en el abatimiento, más ó menos profundo, más ó menos violento, del catolicismo.

¡Y olvida la generación presente que sólo el catolicismo pudo formar hombres del temple de Hernán Cortés y Francisco Pizarro; que sólo él pudo llevar á través del Darién al que descubrió el Pacífico, é impedir que desfalleciera el primero que recorrió el Amazonas; que sin el catolicismo jamás el estandarte de la Cruz ni la bandera de España se habrían plantado en el Templo mayor ni en las orillas del Plata! Se ha dado en comparar la conquista de la India en el siglo pasado, y aun la no remota campaña contra el rey de Abisinia, con las sin iguales conquistas de la Nueva España y del Perú. ¡Blasfemia, Señores; blasfemia en lo histórico, blasfemia en lo moral! No sólo son pigmeos, junto á los cristianos conquistadores del siglo XVI, los modernos capitanes que

cón todo el apoyo de un poderoso y opulento reino; con huestes numerosas, con máquinas de guerra de formidable potencia, y atados de continuo á la Madre patria con interminable alambre telegráfico, obtuvieron fáciles triunfos; sino que las naciones que de tan civilizadas se precian son incapaces de producir héroes, de hacer descubrimientos, de realizar adelantos que iguallen los de aquella época tan cristiana.

Pero el trono que otras edades labraron al Rey de los reyes se ha trocado en inmundo pesebre. Repasad la legislación de las numerosas repúblicas formadas con los jirones del vastísimo imperio de España en América. En unas se ha desterrado por completo á Jesucristo; en otras se le persigue abiertamente y se le considera como el más implacable enemigo; en otras, en fin, que no han tenido aliento para tanto, se le ha relegado á un rincón más oscuro que la gruta de la posada de Belén. Penetrad en el interior de las familias. ¡Cuán pocas son aquellas que conservan la fé característica española, y hacen de ella piadosa ostentación! En la mayor parte se observan las tendencias y las ideas modernas; se cree que no es posible pertenecer á nuestro siglo sin admirar las reformas heterodoxas ni denigrar la religión y sencilla piedad de nuestros padres. Echad una ojeada á la literatura contemporánea, y en vano buscaréis las ideas de Teresa de Jesús ó de Luis de Granada. En ella, como en las leyes y en el hogar doméstico, hallaréis á Jesús arrinconado en el establo más despreciable. Hoy, con más razón todavía que el Ángel á los pastores, podemos dar á los creyentes como señal infalible para reconocer á Jesús, el humilde y extraño lugar en que se le verá por

donde quiera. *Hoc vobis signum: invenietis infantem positum in præsepio.* (Luc. II, 12.)

Con razón á tantos parece locura el ser adorador de Jesucristo, en los tiempos aciagos en que nos ha tocado vivir. Tal debió parecer á los hombres de la época de Augusto la empresa de aquellos reyes del Oriente, que emprendieron largo y peligroso viaje, por conseguir un objeto que tenía todos los visos de quimérico. Vedlos de repente aprestar sus tesoros, recoger sus joyas, y poner en movimiento su lucida córte y numerosa servidumbre. Se aparejan multitud de camellos, se enjaezan infinidad de corceles y dromedarios, se prepara la escolta más lucida que han visto por muchos años aquellas opulentas regiones. ¿Pero adónde os dirigís, oh monarcas? ¿Sois acaso tributarios de ese rey á quien váis á adorar? ¿Cómo se llama, cuáles son sus dominios? ¿Qué camino conduce á su alcázar? ¿Qué interés os lleva á obsequiarlo? ¿Qué embajadores se os han enviado? ¿Qué guías os conducirán con seguridad á los piés de ese Rey, objeto de vuestros afanes?

Todo es extraño en este viaje, como nos hace observar el Crisóstomo; todo es á los ojos de los hombres inexplicable y aun absurdo. Caminan en pos de una estrella, que cuando más han menester de su luz, se oculta y los deja abandonados en medio de un país desconocido, y que de un momento á otro puede convertirse en hostil. Quieren investigar el paradero del Rey á quien buscan, y tienen la peregrina idea de dirigirse nada menos que al monarca reinante, y le preguntan por un soberano que no es ni él mismo ni su hijo, ni su heredero. Ponen en conmoción á la ciudad entera, gobernantes,

doctores, sacerdotes, milicia, pueblo; y en medio de tanto movimiento ellos solos permanecen tranquilos y caminan derechos al fin de sus deseos. La estrella de nuevo aparece, y los conduce adonde está el Rey que con tanto afán han buscado. ¿Y qué es lo que encuentran, Dios mío? El espectáculo que se presenta á la vista de aquellos santos varones habría sido capaz de helar la sangre, no sólo de aquellos Reyes orientales acostumbrados al fasto y á la grandeza, sino aun en el más sencillo republicano de nuestros días. Una humilde posada, y una gruta sin abrigo, que sirve ordinariamente de establo. Un pobre carpintero, llegado no há mucho de lejana aldea con su pobrísima esposa, y que por falta de conocimientos y recursos sólo ha podido alojarse en aquella caballeriza. Un pesebre que sirve de cama y de cuna al hijo recién nacido de esta pobre madre. ¡Y sin embargo allí se detienen, allí descargan sus tesoros, y postrados los ofrecen á este tierno niño!

Si fuera el hijo de algún opulento monarca, sigue diciendo el Crisóstomo, nada tendría de extraño que quisieran captarse el favor de su poderoso padre. Si fuera una costumbre ofrecer tales dones á los príncipes de los reinos vecinos, podría comprenderse este viaje y esta liberalidad tan singular. Pero ni hay tal costumbre, ni se trata sino del hijo, al parecer, de un oscuro artesano. Sin embargo, lo que parece todavía más incomprendible al citado Padre, es la vuelta de los santos Magos. En efecto: después de haber alborotado todo un pueblo; de haber sembrado la desconfianza y los zelos en el ánimo de Herodes, de haber hecho pasar á los Escribas noches insomnes examinando con más ahinco que nunca los Li-

bro Santos, hé aquí que tranquilamente vuelven á enjaezar sus dromedarios, alinean su escolta, y sin pasar otra vez por Jerusalén regresan con su séquito á la región de donde vinieron.

¿Qué misterios son estos, Señores? Conociendo, como conocéis todos, la historia evangélica, no he juzgado oportuno detenerme á haceros sobre ella comentarios que tantas veces habéis escuchado de labios más elocuentes. Tampoco me parece necesario explicaros el sentido místico de los dones ofrecidos por los Magos, ni repetiros encomios que mil veces se os han dirigido acerca de las virtudes de que dieron pruebas tan brillantes en su viaje y adoración. Pero sí juzgo indispensable exhortaros á imitar estas mismas virtudes, ya que de igual manera que ellos tenéis que encontrar á Jesús en el establo. Es fuerza, por tanto, que imitéis su fé ardentísima y su constancia en seguir la estrella conductora; que déis iguales pruebas de desprecio del mundo en adorar á Jesús y ofrecerle dones regios, á pesar del abatimiento que lo circunda; que os aprovechéis, sobre todo, de las lecciones de exquisita prudencia que mostraron al regresar sin ruido á su patria. Escuchadme aún algunos instantes.

II

Es cosa harto común el excusar nuestra poca fé, nuestra falta de actividad y nuestra tibieza en el servicio de Dios, con repetidas quejas de los tiempos actuales, y continuas acusaciones de nuestros semejantes. ¡Oh! decimos muy á menudo, si hubiéramos vivido en aquellos siglos dichosos en que todo respiraba piedad, en que todo era virtud, en que unos á otros se animaban los cristianos á actos heroicos de piedad, y á sacrificios sobre-humanos por la Religión, muy diversa sería nuestra conducta. ¡Qué bellas centurias las tres primeras de la Iglesia! Si hubiéramos sido contemporáneos de las Ineses y los Sebastianes, de las Felicitas y los Ignacios de Antioquía, con ellos, y quizás antes que ellos, habríamos volado al martirio, y habríamos ofrecido nuestro cuerpo á las fieras y á los verdugos. ¡Oh! si hoy se poblara la Tebáida de solitarios, como en otra época feliz; si hoy resucitaran los Franciscos de Asís y las Claras, también nosotros renunciaríamos al mundo y nos retiraríamos al desierto ó al claustro. ¿Qué dificultad sería seguir el torrente? ¿Quién no se sentía animado á las grandes empresas al ver á millares y millares dóciles á la voz de Pedro el Ermitaño correr á la conquista del sepulcro de Cristo? ¿Qué maravilla era en aquellos tiempos en que

la Religión se veía tan respetada, en que la caridad ardía en todos los corazones, lanzarse con Francisco Javier á la conversión de las Indias? También nosotros habríamos sido de los soldados de Cortés, y habríamos plantado el estandarte de la Cruz sobre los templos de los ídolos, si en vez de esta atmósfera de corrupción y de indolencia, hubiéramos respirado aquel aire de fé, de devoción y de ardor por la gloria cristiana.

Pero hoy ¿qué se ve que no infunda desaliento? El trono de Cristo ha sido derribado, los altares se ven, ó hechos cenizas ó seriamente amenazados; se nos dice que los sacerdotes de Cristo presto habrán pasado como los sacerdotes de Júpiter, y todo parece tender al cumplimiento de tan siniestra predicción. Dios mismo parece habernos abandonado, y él, que pudiera mandar legiones y legiones de ángeles á defender su Iglesia perseguida, la deja por todas partes en poder de sus enemigos. Su Vicario en la tierra se encuentra reducido á la triste condición que todos lamentamos, sin poderla remediar; y herida la Esposa de Jesús en su augusta cabeza, no hay un solo miembro del cuerpo sagrado que no sea presa de acerbos dolores, que no se vea cubierto de profundas llagas, ¡y nadie se mueve, nadie hace esfuerzos para salvarla! Todos son de hielo, no se ve en derredor otra cosa que impiedad, ó por lo menos desaliento. ¿Cómo, pues, en tales circunstancias revestirse de aquella fortaleza que nuestros padres ostentaron? Ponednos en las circunstancias que aquellos, y daremos pruebas de la misma fé, de la misma constancia, del mismo heroísmo.

¡Cuán comunes son estas quejas, Señores, y al mismo tiempo cuán engañados están los que acostumbran pro-

ferirlas! Se ha ocultado á sus ojos, como á los Magos en Jerusalén, la estrella de la Historia; pero en vez de conservar como aquellos su igualdad de ánimo, y de hacer sin desanimarse las debidas investigaciones, se pierden en las tinieblas y caminan á ciegas de un lado á otro, hasta sumergirse en el abismo. ¡Qué manía tan general la de figurarse que los tiempos pasados, sólo porque han pasado, fueron mejores que los nuestros! ¡Qué error tan grande el imaginarse que los héroes cristianos, cuyas azañas admiramos, no encontraron dificultades en sus empresas, y ganaron el cielo sin hallar en su camino el menor tropiezo! Quien tal se imagina incurre en un absurdo tan garrafal como si alguno se atreviera á afirmar que los Magos encontraron á Jesús en la córte de Herodes, colmado de honores, reclinado en cuna de marfil y abrigado con finísima púrpura. No, Señores, también nuestros padres encontraron á Jesús reclinado en un pesebre, también ellos vivieron en tiempos aciagos; y si levantaron al Señor el trono que nosotros aún no le hemos erigido, fué porque el temple de su alma era más robusto que el de la nuestra, y se preciaban de aquellas virtudes que no nos atrevemos á emular.

Todos admiramos el glorioso siglo XVI, que produjo tantos santos y tantos ingenios; el siglo que casi puede llamarse el de los grandes fundadores de las insignes órdenes religiosas que tantos servicios han hecho á la causa católica. Pues bien, Señores, para hacer tan sólo una breve reminiscencia, y muy natural en la Iglesia en que nos hallamos, del santo Fundador de la familia monástica á que pertenece este recinto, y la época en que dió cima á sus grandes y pacíficas hazañas, permitidme que